

RAFAEL SERBA LAVÁRIZ

EL HOMBRE DE LA PLAZA GARIBALDI

Platero
COOLBOOKS 

Título: El hombre de la plaza Garibaldi

Primera edición: octubre, 2025

© 2025, del texto Rafael Serba Laváriz.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1348-2025

ISBN: 979-13-87720-28-5

*A veces, demoler un edificio requiere más inteligencia
que la empleada en su construcción.*

—José Luis Alvite

A menudo la belleza de una cita está en el viaje más que en la llegada.

—José Luis Alvite

ÍNDICE

1 TAKE FIVE! - The Dave Brubeck Quartet, 1959	9
2 REQUIEM - Lacrimosa - Mozart.....	15
3 GOOD NEWS - Aretha Franklin, 2003	21
4 BIRKS' WORKS - Dizzy Gillespie Big Band, 1957.....	35
5 LUCHA DE GIGANTES - Nacha Pop, 1987	47
6 DETTAGLI - Ornella Vanoni, 1973.....	63
7 CHAINS AND THINGS - B. B. King, 1970	77
8 LA HUELLA - Vanessa Martín, 2020	83
9 ALONE AND I - Herbie Hancock, 1962.....	95
10 IN A SENTIMENTAL MOOD - Duke Ellington, 1935.....	105
11 A GO GO - Jhon Scofield, 1997	115
12 GRITA - Jarabe de Palo, 1996	125
13 SO WHAT - Miles Davis, 1956.....	137
14 NOW'S THE TIME - Charlie Parker, 1955.....	149
15 IDEL MOMENTS - Grant Green, 1965	159
16 ALONE TOGETHER - Chet Baker, 1955.....	167
17 CITTÀ VUOTA - Mina Mazzini, 1956	179
18 HARD TIMES - Ray Charles, 1958.....	191
19 STORMY WEATHER - Etta James, 1960	207
20 TEMPTATION - Diana Krall, 2004.....	221
21 OBLIVION - Astor Piazzola, 1982.....	229
22 SPEAK LOW - Sara Vaughan, 1958.....	245
23 SHADOW PLAY - Rory Gallagher, 1978	261
24 BRIDGE OVER TROUBLED WATER - Simon & Garfunkel, 1970	273
25 SOLITUDE - Ella Fitzgerald, 1956	285
26 UN UOMO SENZA TEMPO - Iva Zanicchi, 1970	297
27 GET OUT OF TOWN - Anita O'Day, 1963	313
28 SOON ALL WILL KNOW - Wynton Marsalis, 1987.....	325
29 MORE THAN YOU KNOW - Blossom Dearie, 1957.....	333
30 VÁMONOS - Paco de Lucía, 2010.....	347
NOTA DEL AUTOR	361

TAKE FIVE!

THE DAVE BRUBECK QUARTET, 1959

*Expresión habitual entre los artistas cuyo significado es
«¡Haced una pausa de cinco minutos!».*

Nunca quise haber estado en aquel lugar, pero estaba, a mi pesar, acompañado de mi abogado, cuyo rostro arrugado y tez morena se asemejaba de forma sorprendente a la de un jornalero curtido por el implacable sol del verano, de esa España de las hazas del olivo y del cereal, donde la honradez va dejando las semillas y el trabajo cargando las espaldas. En su caso, el color de la piel era fruto del disfrute en Puerto Sherry y de otros lujos añadidos, en contraprestación a sus servicios por aquellos que también remuneraban nuestros sueldos, por supuesto no en la misma proporción. Sus ojos estaban clavados en mi aparente apatía hacia su discurso, mientras me expresaba la confianza de mi absolución, sentía que su voz monótona y profesional, sin cambios en el tono o el volumen, era la misma que yo usaba cuando, al principio de tener mi madre la oficina, aplicaba esa modulación neutra para vender un seguro de vida por teléfono, lo que en conclusión se traslucía en que ni yo vendía una póliza ni, en este caso, mi abogado lograba convencerme. El inexpresivo sonido de su voz lo acompañaba con una sonrisa lacónica y exenta de entusiasmo, la misma sonrisa que hubiera tenido si, en vez de salir mi abogado de la sala, me lo hubiera encontrado recién llegado de una audiencia con su confesor.

El tribunal lo formaba la jueza Eulalia Sayago, aquella mujer rubia, con una media melena que nunca llegaba a sus hombros, que mostraba siempre un carácter calmado y distante, pero con la mirada incisiva de un lobo para cuando surgía la ocasión, y, llegado ese instante, descargar contra el sujeto una andanada de su verbo jurídico y lacerante. En aquella vista mostró una actitud hacia mí igual de cordial y grata que una piscina con pirañas. Ella y yo sabíamos por qué y, a pesar de que mi abogado argumentó una recusación objetiva y definida, la Sala Superior dictó que los periodistas tenemos la piel muy fina. En verdad no fue así, pero así me lo tradujo mi letrado desde el lenguaje jurídico empleado en el auto. También estaba el juez Felipe Montellano, un juez que, de cerca y de

lejos, siempre tenía aires de caballero de la triste figura debido a su cara alargada y con síntomas de carecer de vitaminas. Aquel hombre tenía cierto resquemor acumulado desde que mi periódico le sacó una foto en la feria decúbite prono por intolerancia acumulativa al fino de Jerez. Aquella foto produjo tal revuelo que, si te la acercabas a la nariz, aún tenía aromas de palo cortado. Cuando crucé mi mirada con la suya en la sala, tuve la sensación de que andaba afilando la daga a la espera de cobrarse, con una justificada motivación, una cabellera con aromas de columna en papel impreso.

Tenía confianza en la suma honradez y en la sensatez cultivada del viejo juez, Heliodoro Ruiz, en la aplicación de las leyes. Era un hombre pequeño, con las canas precisas para ocultar de forma elegante su calvicie, redondeado como un buen día, que una vez se recusó a sí mismo porque había coincidido en una cena de fin de año con el sobrino de un compañero de su hijo, que era ingeniero de caminos. Este se había vuelto un poco más agresivo de la cuenta con una policía local, al confundir sus grilletes con la pulsera de entrada a la discoteca e intentar quitársela con el aroma inconfundible del cubata de garrafón en su solapa, no hay que decir que el estado del sobrino del compañero del hijo era de tener un notable en alcoholemia y un diez en cama carcelaria.

Aquel juez no se dejaba intimidar por nadie, salvo por su pequeña nieta de cinco años y aquello solo era para verla reír, con lo cual tenía un pequeño porcentaje de esperanza vital en el sobreseimiento de mi causa. En dicho sobreseimiento tenía a mi favor, y ya era extraño, a la Fiscalía, la cual se había sumado en una intensa y argumentada exposición, pero al parecer sin mucho éxito, a la vista de las últimas palabras que su señoría, Eulalia Sayago, le dedicó quitándose las gafas y subrayando con su mirada toda su intención. «Tomaré en consideración sus razones y nosotros expondremos de forma fundada nuestros argumentos. Ahora el tribunal va a tomar quince minutos de descanso y volveremos para dar conocimiento de nuestras conclusiones». Su señoría le decía en román paladino: «Lo que tú digas, mi alma, que sí, que si...».

Mientras el tribunal salía de la sala 3ª del Juzgado de lo Penal, la mirada de la jueza Sayago y la mía se conectaron en ese lapso de tiempo que te permite ver el rencor ajeno sobre ti. Reconozco que sentí miedo porque el olor final de aquella vista expelía un mal dictamen para mí y, muy probablemente, el calvario judicial de años de recursos sin otear el horizonte final.

Cuando desalojamos la sala, seguí en la lejanía a la jueza mientras mi abogado intentaba tranquilizarme, vi cómo entraba en los servicios y pensé para mí: «seguro que en el interior lo primero que le viene a la mente es mi familia». En aquella espera para oír la sentencia, también estaban los abogados de aquella empresa que se relamían imaginando la compensación por las pérdidas sufridas en la revelación de aquellos secretos. Solicitaron al tribunal que se me aplicara el artículo 280 del Código Penal, lo que significaba de uno a tres años de prisión

y una multa de 12 a 24 meses y, después, a por mi periódico y a resarcirse de las pérdidas. El abogado de la parte contraria tuvo la indecente osadía, antes de entrar en el juicio, de ofrecerme retirar todos los cargos si me avenía a revelar mi fuente. «Si me lo permite», le dije, «para que yo revele mi fuente, usted tendría que ser una elegante y sugerente mujer, pero lo malo no es que no fuera mi tipo, es que tengo la sensación de que disfruta tragándose los restos sólidos de su propio vómito, debe de tener una bilis malísima, ¿no cree?».

El abogado, cuyo aspecto parecía estar desinfectado de ironías, advirtió mi mirada de desafío y se giró en compañía de su séquito, enseñándome de refilón el colmillo afilado que sin duda iba a usar contra mí y, por añadidura, contra mi periódico, su objetivo era no solo cobrarse una pieza, sino un viaje a las Maldivas. En aquel momento se escuchó un grito desde el fondo del pasillo, un grito que no era precisamente de alegría. Rápidamente, se acumularon veinte o treinta personas atraídas por el olor del miedo.

—¡Ha sido en los servicios de señoras! —exclamaban desde los aledaños a los mismos para acto seguido gritar un «¡Llamad a una ambulancia!» que se escuchaba con claridad desde el interior de los retretes. Desde mi posición, pude ver cómo dos policías apartaron de forma expedita al personal, entrando uno de ellos y el otro quedándose fuera. Lo que hubiera sucedido no tenía buena pinta y, para colmo, no sabía si acercarme como el periodista que era o quedarme con mi abogado con cara de presunto en la puerta de la sala.

De entre la pequeña multitud, surgió un secretario judicial que había conocido en un desalojo conflictivo cerca de las Tres Mil. Vino corriendo hacia mí y le solté a bocajarro, sin anestesia:

—¡Andrés, Andrés! ¿Qué ha pasado?

Con el aliento oliendo a drama y sin pararse, me soltó:

—¡Es la jueza, la jueza Sayago! ¡Está tendida en el suelo!, parece un ataque al corazón, ¡tengo que ir a la puerta a esperar a la ambulancia!

Mi abogado y yo nos miramos con cara de sorpresa. Él de carácter más frío y profesional, como el asesino que se limpia los restos de sangre con su pañuelo de seda filipina, me dijo:

—Sinceramente, Rafael, de verdad que lo siento por esa mujer, espero que se recupere, pero mucho me temo que se va a repetir la vista y, quizás, lamento ser sincero, sea bueno para tus intereses que, a fin de cuentas, son los míos. Así que será mejor que busquemos un sitio más tranquilo y esperemos acontecimientos.

Escuché a mi abogado, pero tenía el impulso en la sangre de acercarme para averiguar qué estaba sucediendo, tenía que contarle. Antes de que pudiera dar un paso, noté su delgada y huesuda mano sobre mi brazo.

—Chico, ni lo sueñes. Tu jefe me dijo que conmigo todo el rato y creo que, si la cosa va a peores, no te conviene aparecer cerca del cuerpo de la jueza.

—Pues acércate conmigo —le respondí sin haber escuchado realmente lo

que me insinuaba, quizás porque dentro de cualquier periodista, cuando olemos la sangre, se nos remueven los instintos.

—No, Rafael, no. —Aquel abogado estaba serio y firme en su mandato, su mano ahora me apretaba como la mandíbula de una tenaza, conociendo de antemano lo que podía pasar—. Vamos a esperar los dos juntos para hablar con el secretario, a ver cómo va a continuar el proceso, si al final continúa.

Estaba claro que, a pesar de mi desconfianza hacia todo lo que olía a judicatura, muy influenciada, por otra parte, por experiencias ajenas de las que fui testigo en el pasado, Lorenzo, que así se llamaba mi letrado, no era un paria ni mucho menos, y obediente como un cordero que aún no conoce su destino, lo acompañé a buscar al secretario de la sala.

El secretario regresó a su despacho con el mismo color de piel en su rostro que la moqueta de un lavabo de carretera.

—¡Jaime, cuéntame! —le soltó mi abogado nada más verlo traspasar el umbral del despacho, donde estábamos junto a los que formaban parte del juicio que, en teoría, se iba a celebrar a continuación, éramos lo más parecido a una reunión de huérfanos de jueza.

—¡Qué quieres que te diga, Lorenzo! Se han llevado a su señoría al Virgen del Rocío, está muy grave. Antes de reunirse con los otros dos magistrados había entrado un momento en los servicios. ¡Joder! Esta mañana ya me dijo que no se encontraba bien. —Rufino se acababa de dar cuenta de que tenía su despacho lleno y las vistas de aquel día se le iban a acumular, con lo que eso suponía de horas de trabajo extra.

—¡Vaya! Lo siento, ¿habéis llamado a su familia? —le respondió mi abogado.

—¡Para qué crees que he venido! —Por su forma de mirarnos y responder, aquella frase rayaba casi el insulto, de eso se dio cuenta, recogió las formas y se sinceró con lo que más le preocupaba—. A ver cómo se lo digo a su esposo. —Aquel hombre necesitaba la calma precisa para trasladar aquel mensaje sin caer en la fatalidad y empezó a expulsar a todos los que estaban alrededor de su mesa, hasta que sus ojos se posaron sobre nosotros y Lorenzo, anticipándose a lo que le iba a decir, le soltó:

—Me vas a decir que tal y como se contempla en la Ley Procesal Civil, para resolver esta situación de incapacidad sobrevenida tras el juicio y previa al dictado de la sentencia, se va a anular el acto de juicio celebrado, teniéndose que celebrar de nuevo ante un juez que sustituya a la imposibilitada, en este caso su señoría Eulalia Sayago.

—¡Si sabes leer la mente! Entonces, ¡qué carajo haces aquí con tu representante! —Ahora no hubo contemplaciones ni represión en el lenguaje, directamente le molestaba nuestra presencia—. Ya te avisaré y ahora, por favor, dejadme solo.

Miré al funcionario con la conciencia de lo difícil de su situación a nivel anímico, tras presenciar a su jefa inerte en el suelo y después buscar las fuerzas y

las palabras para dar una noticia así a un ser querido y aquí, chico, no hay relevo que valga. Incluso podía oler su desazón y con prudencia solo acerté a decir:

—Espero que se recupere, lo siento.

—No mientas, chaval, aquí todos sabemos quién eres y a qué te dedicas. La jueza lo pasó mal con tu artículo, no me vengas ahora con que te da penita cuando esto os viene que ni al pelo —me soltó muy enfadado el secretario.

—Ni se te ocurra responder —me dijo mi abogado colocando su mano en mi pecho y, al mismo tiempo, dirigiendo su mirada hacia aquel funcionario—. Supongo que no estarás insinuando que conocías cuál iba a ser la sentencia, porque entonces sí que existía cierta animadversión a mi defendido y quizás nunca debiéramos de haber estado hoy aquí. Espero tus noticias y traslada nuestros deseos de recuperación a su familia. La jueza Sayago es una buena profesional. Los hechos del pasado no le han restado méritos, que yo sepa, y, al fin y al cabo, tarde o temprano todos pagamos nuestras equivocaciones, aunque esa factura tarde en llegarles. Y ahora salgamos de aquí, Rafael, que a este hombre le quedan más horas de trabajo que al palo de la bandera. —Dejamos atrás la atribulada y circunspecta cara de Jaime, mascullando insultos a nuestras espaldas que gracias a Dios no se transformaron en puñaladas, porque de ser así hubiéramos muerto al instante.

Había mucho revuelo en toda la Audiencia, bajando las escaleras se podían escuchar hasta cinco versiones diferentes de lo que le había sucedido a la jueza. Estaba claro que los rumores siempre van mucho más deprisa que las certezas y mi verdad, por cruel que pareciera, era que iba a tener otra oportunidad. El destino esta vez me había preparado una salida, con sonidos y aroma de réquiem. La muerte, de alguna forma, rondaba por mi vida a la expectativa, no para informarme de que al final todos acabamos en el mismo sitio, era más bien como una advertencia, una señal directa a mi inconsciente de que, en toda muerte sorpresiva o accidental, siempre había una historia que no solo tenía que contar, sino que era mi obligación.

En la puerta de la Audiencia, ambos nos paramos y, como si no hubiera ocurrido nada, Lorenzo se dirigió a mí con una tranquilidad que hasta me asustaba.

—Bueno, Rafael, tengo que irme. Voy a aprovechar para acercarme al despacho y rematar la intervención que tengo para mañana. ¿Quieres que te acerque a algún lado?

—No, gracias. Creo que llamaré al periódico y me tomaré el día libre.

—No te lo crees ni tú. Te digo lo que no vas a hacer: no vas a coger el autobús que te lleva al hospital, no vas a preguntar a alguna enfermera que quizás conozcas ni tampoco a algún policía que veas por allí, amigo de tu padre o tuyo, sobre lo que le ha ocurrido a la jueza. ¡Te quiero alejado de ella un kilómetro, por lo menos de momento! A ver si me entiendes.

—Eso quién lo dice —le dije desafiante.

—Tu director. Yo solo soy su mensajero. Tú verás. —Y sin más se dio la vuelta y me dejó con la soledad de mis decisiones, que, en este caso, tiraron de obediencia y mi cuerpo pensó que, quizás, debía de olvidarme de hacer preguntas sobre lo sucedido a todos los nombres que asaltaban mi agenda mental, y con toda seguridad lo más sensato era regresar a Sevilla Este, ese lugar que siempre está más allá de lo necesario y, en ese tránsito de treinta a cuarenta minutos, recopilar mentalmente cómo había llegado a aquella situación de la cual cabía la posibilidad de no salir bien parado.

2

REQUIEM - LACRIMOSA MOZART

*Lagrimoso será ese día, cuando de las cenizas surja el hombre
pecador para ser juzgado. Así les perdones, querido Dios. Oh,
Santo Señor Jesús, concédeles el descanso, concédeles el descanso, amén.*

Siempre tuve dudas sobre mi propósito en la vida. Me decidí a estudiar Empresariales por eliminación y la tuve que acabar por orgullo. Fuera o no la casualidad, el hecho es que, cuando asistí a una conferencia de viejos periodistas sobre la situación de la ciudad, una parte de mi yo de seis años que disfrutaba leyendo historias de aventuras y que, con algo más de edad, gustaba de encontrar el lado oscuro de nuestro mundo en los sucesos de los periódicos que mi padre traía, se negó a enterrar para siempre esa querencia natural en la que ocupaba mi felicidad sin importar las horas que transcurrían.

Así que, con renacidas ilusiones en mi corazón y mi ánimo y con cierta preocupación de mis padres, prolongué mis estudios con la carrera de Periodismo. Tiempo después entendí que era esa profesión la que me había escogido y no al revés, al igual que la historia que todo lo originó, forjada en un tiempo en el cual el odio y la muerte en España hacían intercambio de parejas con la guerra y el hambre para de paso llenar las estanterías de nuestros camposantos, llegó a mi vida a través de la vieja parca.

Mi abuelo Rafael, superviviente, como muchos hijos de aquellos desgraciados días, había fallecido después de una larga enfermedad pulmonar. Al igual que la mosca del olivo introduce su larva que esta usará como alimento, el tabaco hacía mucho que le había introducido una semilla maldita imposible de eliminar y, a principios de 1995, los efectos de un cáncer pulmonar empezaban a ser palpables y le estaban corroyendo su vida, hasta que un fatídico 4 de noviembre de 1996 expiró en los brazos llorosos de mi madre.

Mi subconsciente guardó en el cajón de los momentos vividos la primera pista. Esta se me reveló de forma extraña y con el compás del dolor profundo que supone asistir a tu primer entierro, en un triste y gris día de noviembre. Fue mi primer encuentro con el cadáver de un ser querido, aquella dolorosa huella me

llegó con 27 años, creo que más tarde que a la mayoría de mis amigos, los cuales ya habían sufrido en algún momento de su vida esa experiencia que nos iguala como seres humanos.

Aquel día en Ilipa, patria pequeña y blanca de mi familia, hubo mucha gente y mucha pena en la misa del funeral, mucha mano tendida y muchos besos de afecto. De entre todos los rostros serios y apenados, en mi mente todavía retengo la de un hombre ya mayor, de esa raza que aún tiene sangre de reyes, su pelo canoso y revuelto que coronaba un rostro en el cual las arrugas del tiempo hacían juego con las de su ropa. Aquel hombre lloraba por la pérdida de mi abuelo como si hubiera perdido algo más que un amigo. Reconocí enseguida a ese hombre de las veces que lo acompañaba al ir o al volver de trabajar las tierras o de dar de comer a los animales. Mi abuelo siempre se detenía un momento a charlar con él o contarle unos chascarrillos. A veces era al contrario, el viejo gitano paseaba y se lo encontraba fuera, en el portal de su casa, tomando el fresco en las tardes o noches del verano, sentado en un escalón sobreelevado, con la sonrisa amplia de la serenidad, las manos encallecidas por los estragos del campo y la vida y una camisa limpia siempre con dos botones desabrochados. Sucedió entonces que ambos tardaban menos de cinco segundos en hablar y reír. Sin contarme a mí ni a toda mi familia, fue al único cuyas lágrimas de desconsuelo se deslizaban por su rostro para ir a parar a los puños de una vieja chaqueta. Quizás, lo más triste de envejecer es comprobar cómo poco a poco va desapareciendo todo aquello que te proporciona pequeños e intensos momentos de felicidad.

Recuerdo que, al salir de la iglesia de la Encarnación, hasta el cielo se transformó en una capa grisácea de lamento y tristeza que se manifestó en forma de fina lluvia que nos acompañó hasta el cementerio. Este se encuentra en una cornisa elevada, a la espalda del castillo árabe, desafiante de los vientos, dominador y eterno vigilante de la sierra que tiene frente a sí y de las casas encaladas a las que protege.

Desde donde nos encontrábamos podíamos divisar la grisácea oscuridad que empezaba a ceñirse sobre la tela arrugada del mar de olivos. Han pasado más de veinte años y tengo aquel instante clavado a hielo y fuego en mi interior. Después de introducir el féretro, escuché el sonido ronco del roce sobre la piedra del palustre tapando con el cemento la lápida y cómo, de forma simultánea, entre la panza de nubes de tormenta, aborregadas y en lucha, apareció un haz de luz anaranjado, de un dorado atardecer que las desgarraba y proyectaba un camino vertical, como si el cielo le enseñara a mi abuelo la senda que debía tomar su alma. Me quedé asombrado observando aquel instante, pero una mano conocida me sacó de mi ensimismamiento.

—Se acabó, Rafa, creo que ya no hacemos nada aquí, ¿me acompañas fuera?

—La voz adolescente de mi hermana me despertó de aquella visión de sombras y luces. Aquel atardecer se despedía con la lentitud de quien mide los segundos

y yo quise apropiarme de ese momento que parecía escaparse a todos los presentes. Mi familia rodeaba a mi abuela en su soledad incipiente e inspiré ese momento unos breves segundos antes de asentir sin decir nada y encaminar mis pasos junto con los de mi hermana, rumbo a la salida del camposanto, cabizbajos comenzamos a hablar de cosas intrascendentes para intentar sobrellevar la pérdida mientras esperábamos al resto de la familia.

El regreso a casa de mi abuela se hizo a su compás, al paso lento que marca ese dolor lacerante y profundo cuando fallece el amor de tu vida. En la casa, mientras ella estaba acompañada de la familia y de esa otra hermandad en peligro de extinción que forman las vecinas de los pueblos, esas mujeres que, como mi abuela, compartían con ella algo más que una calle, yo, de naturaleza curiosa, entré de nuevo en lo que había sido la habitación de matrimonio de mi abuelo y ahora era un amplio vacío a rellenar por una mujer viuda que posiblemente tendría que compartir la soledad de la noche con las sombras.

Observé todo lo que mi abuelo había dejado atrás. Una foto suya, de sonrisa abierta, al igual que su camisa, que parecía alumbrar toda la estancia, aunque no era la única. Había una pequeña caja metálica semiabierta. Mi incipiente oficio hizo que quisiera desvelar su contenido. En el interior, se guardaban otras fotos de un tiempo en el cual mi abuelo era joven y fuerte. Una en especial me llamó la atención, vestía uniforme militar, no era capaz de definir su edad, pero sí su juventud, una juventud marcada por la guerra, una guerra de la cual había leído todo lo que había caído en mi mano, pero que, a nivel familiar, desconocía las penurias, traumas y sacrificios que habían padecido ninguno de mis abuelos o mis abuelas en su dura juventud. Quizás porque los malos momentos se suelen guardar en el último hueco de ese almacén interno que se deja para el olvido, donde sabemos que vamos a tardar en meterle mano de nuevo.

—Ese es tu abuelo con diecinueve años, un año después de que empezara la guerra. —La voz de mi madre, a mi espalda, me sorprendió igual que al que pillan con algo en las manos que no le pertenece—. Casi lo matan por estar afiliado al Partido Socialista, se comió el carné porque no sabía dónde ocultarlo sin llamar la atención. Tuvo que esconderse un buen tiempo. Lo consiguió gracias a la Tata, la hermana de su madre que servía para unos señores en Morón. Ella consiguió ocultarlo el tiempo suficiente hasta que pasó lo peor. Para salvarse tuvo que enrolarse con los nacionales. Morir fusilado o sobrevivir en el horror de la guerra, si eras capaz. No había más.

—¿Mi abuelo tuvo que comerse el carné de socialista y terminó luchando en el bando de Franco? —le pregunté a mi madre entre asombro y extrañeza.

Ella se puso a mi lado y me quitó con cariño la foto que tenía entre mis manos. Se quedó mirando la imagen de su joven padre con las lágrimas surcando sus ojos y su voz.

—Supongo que tu abuelo hizo lo mismo que otros que tenían su edad y

trabajaban en el campo, reclamar unas condiciones mejores de trabajo y ganarse el pan dignamente. Pudo haber estudiado, su padre era guarda de una familia rica, pero nunca fue amante de las letras y menos de los números. Más de una vez se escapaba de la escuela y se iba a nadar al río. —A mi madre, entre las lágrimas, se le escapó una sonrisa fruto de aquella historia, quizás imaginando a mi abuelo saltando por una ventana, o abriendo esa puerta por donde la libertad se hacía visible para nadar a ese río de la vida, al cual amaba en toda su dimensión.

—Así que el abuelo hacía pellas, no sé por qué no me extraña viniendo de él.

—Tengo mis dudas de que supiera lo que era el socialismo, el anarquismo o el comunismo. Creo que simplemente quería vivir en unas condiciones decentes.

Vino a mi mente la letra de la canción *Campesinos tristes*, de Jarcha, y me imaginé a mi abuelo y la gente que, en aquel entonces, lo único que pedían era dignidad. «Con la cruz sobre sus vidas, en sus cantes van dejando, el dolor de sus heridas, en la tierra trabajando».

—Le tocó vivir una época muy dura y consiguió sobrevivir —le dije a mi madre al mismo tiempo que la rodeaba con el brazo izquierdo, pegando mi rostro al suyo y observando a la vez las facciones y el gesto adusto y serio de mi abuelo. Posaba de cuerpo entero, de pie, sujetando su fusil máuser con una mano por el cañón y apoyándolo en el suelo, mientras la otra se la colocaba en su cinto. La foto se había hecho al aire libre, y a su espalda solo aparecía el blanco de una vieja pared encalada llena de llagas y cicatrices. Al pie de la foto, escrito con una grafía demasiado bonita para ser de él: «año 1937». Antes de que volviera a aquella caja metálica para siempre, quise tomarla por última vez entre mis manos, pero se deslizó entre mis dedos posándose la foto en el colchón de lo que había sido su cama, dejando ver su parte trasera. En ella, la misma mano había escrito «Grz.».

—Mamá, ¿sabes dónde se hizo esta foto el abuelo?

—¿Por?

—Es por estas tres letras que están escritas detrás. —Mi madre, que aún permanecía cerca, retomó la foto, vio las tres letras y se encogió de hombros, mostrándome su ignorancia en este tema—. Ni idea, nunca había visto eso. Pero ahora que lo dices, puede ser la abreviatura de Grazalema. Sé que estuvo un tiempo movilizado por la sierra.

—Entiendo, era simple curiosidad.

—¡Ya!, esa curiosidad innata de periodista que tantos quebraderos de cabeza me ha dado en el pasado y que me temo seguirá en el futuro. Y ahora que digo futuro, tu padre y yo estamos preocupados por el tuyo y ya sabes de qué estoy hablando. —Mi madre no podía evitar incidir una y otra vez sobre lo que ella entendía como «una más que discutible decisión laboral». El amor de una madre puede ser como la cadenciosa y persistente gota de la estalagmita, pero, al final, hay que recordar que siempre son gotas de amor.

—Pasado mañana lunes — le respondí.

—¿Pasado mañana lunes? ¿Qué? —dijo mi madre descolocada, lo que no ocurría todos los días.

—Tengo una entrevista de trabajo. Te quería dar una sorpresa, pero como al tema de mi futuro últimamente le das más vueltas que un hámster en su rueda, te lo adelanto y así los dos descansamos.

—Así que tu madre es una pesada. —En su rostro apareció la sombra de un pequeño enfado que era conveniente no alimentar.

—Mamá, esta vez tengo buenas vibraciones, de verdad. Se trata de un nuevo periódico que quiere montar una redacción en Andalucía. Hace una semana me encontré en el bar Las Columnas con María Cruz Bocanegra y se alegró al verme. Siempre fue muy amable conmigo.

—No recuerdo a esa María Cruz, ¿esa era tu jefa?

—¡No! ¡Ojalá! Cuando estuve como becario en *Diario 92*, ella estaba en una sección de local y siempre le causé buena impresión. De hecho, fue ella la que me dijo que le enviara mi currículum, que se encargaría de meterme en las entrevistas saltándose la preselección. Y la verdad, el paso más difícil me lo ha evitado y ha cumplido su palabra. Por eso te he dicho que tengo esperanzas de que me escojan.

—Rezaré por eso, hijo, aunque siempre tienes sitio en la oficina con los seguros.

—Lo siento, pero no, ya hemos tenido muchas veces esta conversación. Sé lo que quiero y ya te digo que tengo buenas vibraciones.

—No voy a discutir más contigo, estoy demasiado cansada ahora, tú mismo. —Mi madre se giró y me dejó a solas con mis ínfulas. Eran varios días los que llevaba de poco dormir y mucho sufrir. Ya había tenido suficiente como para afrontar cualquier conversación que se encaminase a una discusión, por leve que fuera.

Me quedé de nuevo a solas con las fotos. Aquella era la única que hacía referencia a su juventud. El resto pertenecía a esa parte de la vida de la cual ya era partícipe y en la que quedaban como un sueño lejano las historias de las penurias que llegaron después, las que narran la llegada del jinete oscuro del hambre y de la miseria. Esos relatos cabalgaban sobre las sombras de un recuerdo vivo, permanente e incrustado en aquella generación, cuyo rastro de miedo y horror les dejaron, como supervivientes, cicatrices en su memoria colectiva, al igual que el frío acero nos marca nuestra piel.

Cerré la caja y pensé en ir a sentarme al exterior, a respirar un poco de aire sin lamento. Al pasar por el salón vi que mi abuela María, la madre de mi padre, había bajado desde la parte alta del pueblo a dar su pésame a mi abuela Remedios, acompañada de mi tía Juana. Ya era muy mayor, pero como ella me dijo una vez, «yo sé cuál es el color de mi vergüenza», así que supuse que ni un vendaval

hubiera impedido que se llegara a cumplir su obligación con mi otra abuela. Me acerqué respondiendo al cariño que ella me profesaba con un beso en su blanca y sonrosada mejilla, al igual que después hice con mi tía. Cuando levanté la vista observé que a mi alrededor todas las mujeres vestían de negro. Estaba en el centro de una reunión de mujeres supervivientes. Tuve la sensación, como hombre, de que ellas eran hijas de la madre tierra, y como parte indisoluble de la misma eran, por regla general, más resistentes que sus maridos o, por lo menos, con cierta seguridad lo iban a ser.

En el exterior de la casa, los hombres, aprovechando la coyuntura y la tarde noche, se entretenían con otras historias en las cuales se intercalaban la situación actual del trabajo en el campo con las novedades.

Siempre me gustó poner el oído antes que mis palabras, así que me uní a la reunión con el interés de un aprendiz. Mi tío, que estaba junto a mis primos, comentaba una vieja historia con un hombre mayor que peinaba canas y cuyo rostro se mostraba igual de arrugado que un pantalón de lino. Aquel hombre relataba la historia de una persona que justo ayer había regresado a Ilipa después de estar fuera mucho tiempo, con la intención de palpar de nuevo el pueblo de sus orígenes.

Escuché aquella historia con tristeza y asombro, era cruel y al mismo tiempo tenía un final sorprendente. Los hechos habían ocurrido en Ilipa. Un pelotón de fusilamiento se dirigía a la parte más alejada del pueblo, con varios hombres que iban en grupo, como los corderos, agrupados para una muerte segura. Los hombres del pelotón se supone que querían pasar pronto aquel trámite y, llegado el momento, pararon a aquellos desgraciados y comenzaron a disparar sin más. Cuando acabaron, aquel pelotón tuvo la decencia de no rematar a los que habían sido sus vecinos y los dejaron para ir a otros menesteres. Ocurrió, sin embargo, que uno de ellos se salvó, ninguna bala le rozó y supo que en su primera y leve respiración, tras los disparos, se tenía que hacer el muerto. Cuando estuvo seguro de que el pelotón estaba lejos y los cuerpos abandonados a las miradas de sus asesinos, escapó y nunca más se había sabido de él hasta que volvió a ver de nuevo la blanca cal de su esperanza.